Discurso inaugural en el XXXI Encuentro Internacional

de la Red de Educación Continua de América Latina y Europa (RECLA)

03 de noviembre de 2026

Universidad Anáhuac México

Muy buenos días. Es para mí un verdadero honor darles la más cordial bienvenida a la Universidad Anáhuac México. Al inaugurar el XXXI Encuentro Internacional de la Red de Educación Continua de América Latina y Europa (RECLA), quiero reconocer el fructífero trabajo realizado ayer, en el campus del Tecnológico de Monterrey, durante las intensas jornadas del preencuentro. Fueron valiosas sesiones de trabajo y diálogo. Tras ellas, nos reunimos hoy para dar apertura formal a este congreso.

Saludo con especial afecto y respeto a la maestra Lilian Constanza Diedrich, presidenta de RECLA y vicerrectora de la Universidad Católica de Salta. Su liderazgo y su visión integradora han impulsado con renovada fuerza a nuestra red. Saludo cordialmente a mis distinguidos colegas de presídium: a la Mtra. Mónica Maccise Duayhe, directora general de Vinculación Universitaria de la Universidad Iberoamericana; y al Mtro. Víctor Gutiérrez, vicepresidente de Aprendizaje para el Futuro del Tecnológico de Monterrey. Saludo también a los expresidentes de esta gran Red, a los señores rectores y vicerrectores, a los directores de educación continua y a los académicos, investigadores y delegados de más de 170 universidades, provenientes de 21 países de América Latina y Europa.

Gracias a cada uno por responder a la convocatoria. Los espacios disponibles se agotaron semanas antes del inicio. Esta numerosa respuesta es, ante todo, la confirmación de que

los grandes desafíos de la educación superior en el siglo XXI no pueden abordarse de manera aislada. Exigen diálogo abierto, rigor académico y cooperación internacional.

Hace casi tres décadas, en 1997, RECLA nació para conectar continentes a través de la educación continua. Hoy, este XXXI Encuentro Internacional nos llama a debatir el impacto de la inteligencia artificial y los nuevos entornos laborales. Debemos hacerlo no de manera aislada, sino mediante la colaboración multisede. Lo vemos en la organización, en la sinergia fraterna entre la Universidad Anáhuac México, el Tecnológico de Monterrey y la Universidad Iberoamericana.

Esta colaboración trilateral demuestra la riqueza y la complementariedad de la educación superior en Iberoamérica. El Tec de Monterrey aporta su dinamismo de mercado y su vanguardia tecnológica. La Universidad Iberoamericana, su profundo sentido y compromiso social. Y nuestra propuesta Anáhuac aporta la síntesis del humanismo cristiano y la formación de un Liderazgo de Acción Positiva. Estas fortalezas se articulan para ofrecer respuestas válidas a las preguntas más apremiantes de nuestro tiempo.

Ayer, en el preencuentro, abrimos la conversación sobre las tendencias del aprendizaje a lo largo de la vida. Hoy, al inaugurar formalmente este encuentro, los invito a profundizar en una cuestión que interpela a todas nuestras instituciones, independientemente de su origen o naturaleza: ¿qué tipo de universidad requiere una sociedad en la que el ser humano necesitará aprender, desaprender y reconfigurarse profesionalmente durante toda su existencia?

Durante siglos, la arquitectura universitaria operó bajo un esquema lineal y finito. Las personas estudiaban intensamente durante cuatro o cinco años en su juventud. Obtenido un título, construían su trayectoria vital sobre la inercia de esa formación inicial. Ese paradigma ha quedado superado. Hoy, vivimos una aceleración sin precedentes: aumenta

la longevidad; las profesiones se transforman a un ritmo vertiginoso; y la automatización asume, con creciente eficiencia, tareas cognitivas complejas.

En este nuevo horizonte, la pregunta decisiva para las universidades ya no es solo cuánto sabe un joven al momento de graduarse. La pregunta es si ha adquirido la curiosidad intelectual, el pensamiento crítico, la gestión de aprendizajes, la adaptabilidad y el sentido de propósito que necesitará para seguir aprendiendo durante las siguientes décadas. La educación continua deja de ser un apéndice complementario. Se convierte en el corazón de una universidad concebida como puerto permanente de acompañamiento vital: una institución que ayuda a las personas a navegar las transiciones profesionales y las incertidumbres de la era digital.

Al asumir el reto de la transformación digital y de la inteligencia artificial, corremos el riesgo de quedar atrapados en una visión puramente instrumental. Desde nuestra convicción humanista, afirmamos que el futuro de la educación no dependerá de la sofisticación de las tecnologías que despleguemos. Dependerá de la claridad con la que sepamos responder a una pregunta fundamental: ¿qué tipo de persona queremos formar?

La educación contemporánea enfrenta el desafío de la fragmentación del conocimiento. En un mundo hiperespecializado es fácil formar técnicos competentes, pero desconectados de una visión de conjunto, con dificultades para integrar el saber con el sentido de la vida. A la universidad le corresponde la misión de reunir lo que la necesaria especialización ha dividido, promoviendo un diálogo riguroso entre la ciencia, la tecnología, la ética y las humanidades.

Queremos que nuestras aulas universitarias sean verdaderos espacios de acogida y encuentro humano. Frente a la creciente presión de entornos altamente competitivos, que generan aislamiento y ansiedad profesional, la universidad debe ser un lugar donde la persona sea valorada por su dignidad intrínseca y por su potencial de desarrollo. Debe ser

un entorno donde el rigor académico vaya acompañado de un auténtico pacto de confianza, que capacite al estudiante para superar el miedo al error y emprender con audacia.

En esta tarea nos guía una profunda brújula ética, propuesta por el Papa León XIV, que sintetiza nuestra visión del desarrollo humano: Debemos educar para que "la técnica crezca sin que se repliegue el corazón" (MH 126). La tecnología puede procesar datos con una velocidad asombrosa. Pero el discernimiento ético, la empatía, la conciencia moral y el compromiso con el bien común siguen siendo atributos insustituibles de la persona humana. La universidad debe cultivarlos en cada etapa de la vida.

Estimadas autoridades, apreciados colegas y delegados de RECLA: los invito a vivir estos días de trabajo en Ciudad de México con audacia intelectual, apertura al diálogo y espíritu de colaboración plural. Hoy convergen en este auditorio diversas visiones, tradiciones e itinerarios. Esa diversidad es nuestra mayor fortaleza para construir soluciones educativas de alcance global.

Que nuestras deliberaciones nos permitan diseñar instituciones más flexibles, tecnológicamente de vanguardia y profundamente orientadas al servicio de la sociedad. Que sean universidades capaces de acompañar a la persona a lo largo de toda su vida. Universidades donde la innovación técnica esté siempre al servicio de la dignidad humana y de la transformación social.

Nuevamente, sean muy bienvenidos a la Universidad Anáhuac México. Que este encuentro sea sumamente fecundo en ideas, encuentros, proyectos y oportunidades de colaboración. Que nos permita seguir construyendo juntos el futuro del aprendizaje permanente en América Latina y en el mundo. Y que, como dice el lema de nuestra universidad, podamos vencer al mal con el bien.
Muchas gracias.

--ooOoo--